

el corazón de aquel inocentísimo Cordero, único Hijo de Dios y vuestro, viendo perfectamente los dolores que os penetraban? Pues El poseyó siempre vuestro amor, y fué de él poseído; el que por treinta años os sirvió, acompañó y obedeció; el que veía que no merecáis las penas que pasabais; que veía el desamparo en que por su muerte quedabais; los suspiros que su ausencia había de causar en ese corazón, y que ni le hablabais, ni El os hablaba, ni había palabras que pudiesen mitigar sus dolores, y sobre todo, veía que era preciso pasarlos, pues ni El podía dejar de obedecer muriendo y penando, ni Vos podíais dejar de padecer viendo lo que veáis, y amando como amabais.

¡Oh Padre Eterno y Dios de toda consolación, qué dos corazones tenéis aquí crucificados! ¿Cómo no favorecéis á vuestro único Hijo y á vuestra sacratísima Esposa y humildísima sierva? ¿Cómo quebrantáis con ellos la ley en que tenéis mandado, que no se sacrificase en un día el Cordero y la Madre? Aquí en un mismo día, en una hora, en una cruz, en unos mismos clavos tenéis crucificado al Hijo sacratísimo, y el corazón de la inocente Madre. ¿Per ventura tuvisteis más cuidado de las ovejas irracionales, no queriendo fuesen sacrificadas en el día que estaban más sentidas de echar de menos á sus corderos, que de la purísima Virgen, que tan penetrada se halla por los dolores y muerte de su divino Cordero? ¿Quisisteis que no tuviese ella otro atormentador mayor que el amor de vuestro único Hijo, y que á El no le faltase entre tan inmensos mares de dolores la vista de los trabajos de su Madre, que acabasen de lastimarle y afligirle? Bendito, alabado y glorificado sea, Señor, el amor con que amáis á los pecadores. Adóroos, y os doy infinitas gracias por todas las obras de ese infinito amor.

¡Oh Hijo de Dios vivo, luz de mi alma! Pídoos por el infinito amor con que me amáis, que acatéis ya de alumbrar del todo mi alma en tan puras verdades, y quitéis de mi corazón el deseo de consolación en esta vida, é imprimáis en él vuestro amor y deseo de padecer por Vos. Y pues todas vuestras grandezas, y hasta vuestra sacratísima Madre, os vinieron á dar tormento, y Vos la servisteis á ella de un mar de tribulaciones, ¿qué ceguedad es la mía, cuando pienso que os he de contentar por otro camino? Amor mío, sabiduría mía, ¿hasta cuándo andaré ciego y errado? ¿Hasta cuándo huiré de Vos? ¿Hasta cuándo dejará este hombre terreno de rendirse á lo que tan claro veo en Vos? ¿Para qué quiero vida, si no he de emplearla y acabarla por Vos, como veo la de vuestra sacratísima Virgen penando por Vos, y la vuestra acabarse por mí en una cruz? ¿Qué mayor desengaño de mis yerros espero? ¡Oh esperanza mía! Llegue esta luz á mí, llegue la fuerza de este amor, llegue la mudanza que hace en los corazones que halla rendidos á sí. Aquí me someto, ofrezco y entrego todo: haced vos, Señor, que esto sea con pura y entera voluntad. Imprimid en mi vuestros dolores, concededme que los imite, quitadme el gusto de lo demás, y dádmelo sólo de amaros mucho, y de padecer mucho por Vos.

Dios de mi corazón y Señor de mi alma, adóroos y tribútoos infinitas gracias, porque empleáis en mi provecho hasta los dolores que tenéis de las penas de vuestra sacratísima Madre, y me la dais por Madre y Señora, mostrándome que me estimáis tanto, que queréis me tenga ella en vuestro lugar como hijo, y que como á tal me ampare, me favorezca, tenga misericordia de mí, y se compadezca de mis necesidades. ¿No hallasteis, Redentor mío, otra consolación para vuestra amada Madre, que darla por hijo á los malos pecadores? Bendito y alabado seáis, que ninguna cosa quisisteis se desperdiciase, sino que todo cediese en mi remedio. Pues, piadoso remedador mío, entre tantos remedios, no quedo yo sin él. Tomadme todo Vos, y hacedme digno siervo vuestro, y de esta purísima Señora.

¡Oh Madre de Dios sacratísima! Acordaos que los dolores que no tuvisteis en el parto virginal de vuestro Hijo, se os doblaron al pie de la cruz en el parto espiritual de los pecadores, cuando tomasteis á todos por vuestros hijos. Ya que tan caro os costó, tomadme por siervo vuestro, amparadme y guardadme. Merecedme ser oído de este Señor, poseído, abrasado y mudado todo en su servicio, á su voluntad enteramente. Haced conmigo, sacratísima Virgen, el oficio de Madre en negociarme gracia, para que no se pierda este vuestro indigno y miserable hijo. ¡Oh celestiales ciudadanos, frutos de las espirituales entrañas, y amor de esta purísima Señora! Inclinadla á que me favorezca, y á su único Hijo á que me libre de tan grandes miserias y me transforme en perfecto siervo suyo. Amen.

TRABAJO XLVIII

Desamparo que Cristo padeció en la cruz.

QUEL causar alivio en los trabajos, verse los atribulados asistidos de amigos que los ayuden á sentir, ó tener cosas que puedan divertir la imaginación y apartarla de los trabajos presentes. Pero verse un afligido cercado por todas partes de lo que le atribula, y no poder poner los ojos sino en lo que acrecienta la pena, y estar desamparado de todo alivio, es cosa que, no sólo hace los trabajos muchos mayores, sino que con razón puede reputarse por principal y como fuente de todos los demás. Por tanto, acostumbra el Señor probar á sus siervos con este género de trabajo, como más contrario á la naturaleza y gustos de la vida. Y cuando quiere encaminar á las almas que de veras le buscan, disponiéndolas para muchas mercedes interiores, primero las da cruz de tentaciones y trabajos conforme á las fuerzas, para que así empiecen á perder el amor de las cosas terrenas y se ejerciten en la imitación del divino Maestro. Conforme empiezan á sujetarse á su obediencia, y aceptar las cruces que les da, va quitando la consolación de las criaturas, para que le busquen solo á El, y no lleven

aquellas ninguna parte del amor, por la consolación que en ellas puedan hallar. Después que se desprenden de las criaturas, y renuncian con amor divino todo lo que de ellas pueden esperar, queriendo ser guiadas y consoladas sólo por Dios y de Dios, arrojándose de corazón en sus brazos, entonces acostumbra el Señor encubrir su favor, y darle de manera que no lo conozcan, ocultando sus consolaciones; y pone á las almas en un tal desamparo, que ni en las criaturas, ni en Dios hallan de qué echar mano para consolarse.

Esto lo hace el Señor para purificar perfectamente su amor, y que no busquen ni amen á Dios por las mercedes que de El esperan, sino por quien es y por lo que merece por sí mismo; de suerte que se entreguen á El con tan puro amor en el desamparo, como en el favor, y tan contentos cuando se sirve de ellos afiliéndolos, como cuando los consuela, sin poner en la divina voluntad y providencia que los gobierna ley ni término, sino lo que libremente quisiere. Este perfectísimo estado de los perfectos amadores de Dios no es conocido de muchos, es deseado de pocos y de poquitos alcanzado. Mas todos los que de corazón buscan á Dios, aunque no lleguen á esta perfección, suelen ser probados poco ó mucho por este camino, y andan algo conforme á lo que cada uno puede recibir y aprovechar con la gracia del Señor. Los que pasan este género de prueba por el desamparo de Dios y de las criaturas, si son fieles á Dios, conocen por experiencia que excede á todos los trabajos corporales, y que son más ligeros los tormentos corporales que este espiritual martirio; así por ser más prolijo, como por tener los sororos y consolaciones espirituales más encubiertos que los martirios corporales, los cuales van acompañados de ayudas espirituales perceptibles que hacen gustosos los tormentos y la muerte, porque en ellos acude Dios palpablemente (si así puede decirse); ya porque el aprieto de los dolores corporales y miedo de la muerte no derriben el amor y la fe, y ya porque el amor de los mártires no necesite más prueba, pues dan la vida por Dios, que es el mayor examen del amor.

Los experimentados en este género de trabajos entenderán mejor que todos cuánto debemos al Señor, verdadero y único consolador, en haber querido que entre tantos y tan inmensos trabajos de su Pasión no le faltase el de ser desamparado por todas partes de todo cuanto le pudiese dar alivio y consolación; porque no sólo quiso padecer géneros de tormentos tan crueles que no tuviesen otros semejantes ó mayores, sino que las circunstancias tuviesen tal rigor y aspereza, que fuesen ó pareciesen más sensibles que los principales trabajos. Tal fué el desamparo en que el Señor se vió, si bien se considera, por las circunstancias; porque de parte de las criaturas no sólo le faltó el refrigerio, sino que todas ellas le acrecentaron el tormento. Los amigos y compañeros, sus Apóstoles, le dejaron solo; y de ellos uno le vendió, otro le negó, y otro, al pie de la cruz, le sirvió de dolor. Su sacratísima Madre, y las que le acompañaban, le doblaban el desconsuelo con la mucha pena y

aflicción en que estaban, sin permitirles el divino Cordero que por entonces le diesen ningún remedio ni consuelo. No hubo persona de cuantas El curó y adoctrinó que pareciese allí y volviese por El, mostrando siquiera de palabra que reprochaba lo que con El hacían contra justicia y razón.

De parte de sus enemigos recibía inmensa aflicción, cruellísimos tormentos, grandísimos dolores, gravísimas injurias, escarnios sin límite, portándose con tanta inhumanidad, que sólo para El perdieron la natural compasión de unos hombres con otros; en tanto grado que, no contentos con los tormentos exteriores, buscaron invención de atormentarle hasta dentro de las entrañas, dándole de beber vino con hiel, mirra y vinagre, y después de muerto le atravesaron con una lanza. Quitáronle los vestidos con que se cubría, y á su vista los jugaron y repartieron. Hacíase todo esto con tanto festejo y regocijo, como si el Señor hubiera sido peste y destrucción de la gente, y como que matándole se libraban de todos los males y perjuicios. No se guardó con El justicia, razón, compasión, agradecimiento ni respeto, como si fuera la cosa más baja del mundo; así, por todas partes, de los hombres se vió atribulado, sólo y desamparado de todo consuelo, y aun de aquellos á quienes ardentísimamente amaba, y por cuyo remedio moría, le vino toda persecución y tormento.

De parte de los ángeles no fué visitado en estos tan grandes males de desamparos, como lo fué en el Huerto. De parte de las criaturas insensibles, que no son capaces de consolar, también le faltó lo que de ellas humanamente se puede tomar para un pequeño refrigerio, y en lugar de esto le aumentaron la pena; porque la dureza de la cruz, de los clavos y de las espigas, le consumieron las fuerzas y la vida; la luz del sol se le ocultó, y estuvo de todo tan pobre, que ni un vestido, ni una mortaja, ni sepultura propia, ni bien alguno temporal poseía, y para su extrema sed le faltó un poco de agua (que no se niega á ninguna criatura), y en su lugar le suministró la malicia de sus enemigos vinagre, para que la falta fuese más penosa é inhumana.

De parte de su Eterno Padre, que es el verdadero refugio de los cansados, y del Espíritu Santo, cuyo propio nombre y oficio es ser perfectísimo y divino *consolador*, también fué desamparado en las horas que estuvo en la cruz; porque como era llegada la de satisfacer por nuestros pecados con rigor de justicia, á que se obligó nuestro Redentor, y en el eterno consejo estaba determinado que en todo por donde habíamos pecado padeciésemos el Señor por nosotros, no quiso el Padre Eterno dispensar por entonces en nada de lo que su Eterno Hijo aceptó padecer. Por eso le entregó y dejó en manos de sus enemigos y atormentadores, como si no fuera hijo suyo, y fuese El mismo el culpado, saltando en aquella hora las riendas del poder de las tinieblas para que ejecutase en El cuanto quisiese, con cuanta furia y malicia pudiese. Además de esto, interiormente, en la inferior porción del alma en que podía su humanidad padecer,

le privó de toda consolación sensible y le dejó en tan gran desamparo, que regresó hasta la gloria de su alma, para que por entonces no ayudase al cuerpo más que á vivir, para sentir y sufrir más los inmensos trabajos que padecía. Y como Dios mide estos desamparos cuando los da á sus siervos, por lo que cada uno puede sufrir, conforme á la gracia recibida, el desamparo de Cristo, que fué por su medida, y de quien estaba perfectamente lleno de gracia, fué el más excesivo, sin que otro alguno, fuera de El, le pudiese sufrir.

Y habiendo guardado en toda su Pasión un silencio asombroso, sin mostrar en cosa alguna sentimiento de los indecibles dolores que padecía, ni responder por sí en ninguna acusación, injuria, ni afrenta que le hicieren; en este trabajo habló á su Padre Eterno y declaró el trabajo en que se veía, diciendo: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?* Palabras que no son como de quien se queja de alguna sinrazón que se le haga, sino de quien se desahoga con el propio Padre, á quien obedece, de la gran pena que obediéndole sufre. Este modo de hablar es muy regular en materias de amistad, en que por amor se dice lo que parece queja, no siéndolo; como si un amigo, metido por otro en negocios trabajosos, le dijera: «Para qué me habéis metido en esto? Cuya expresión no es quejarse de lo empezado, sino manifestar el trabajo que le cuesta acabar el negocio como desea, pues no le dejará hasta lograr el fin. Así el Redentor dice: «Dios mío, Eterno Padre mío, ¿por qué metisteis á este vuestro amado único Hijo en tanto desamparo y negocio tan costoso? Bien sabéis que aunque costara más os obedecería con amor; tengo hecho cuanto pude; ya resta poco, y así os pido os tengáis por obedecido y satisfecho, y que por mí hagáis á todos las mercedes que tengo merecido.» Y que aquella expresión no era queja, se prueba de que acabando de pronunciarla, no omitió declarar la sed que tenía, sabiendo daba ocasión de que le diesen á beber vinagre (como luego diremos); porque no se desahogaba con el Padre Eterno para dejar de cumplir su obediencia hasta la muerte, sino para dar á su humanidad un pequeño aliento en suspirar á Dios en medio de tan grande extremo de trabajos; y este fué indicio manifiesto del gran aprieto en que se hallaba aquel invencible corazón, pues al fin de la batalla se muestra tan cansado.

Fué este desamparo individualmente profetizado en los Salmos 21 y 88. El primero comienza por las mismas palabras, diciendo: Dios, Dios mío, poned los ojos en mí; ¿por qué me habéis dejado? Y dando la causa del desamparo, añade: Obras de mis pecados son estas, no de los que cometí, que no los tengo, sino de los que tomé sobre mí para satisfacerlos. Y en la mayor parte de este Salmo va refiriendo por menudo cómo Dios le dejó en manos de sus enemigos, y cómo ellos se burlaron de sus esperanzas, le crucificaron y le jugaron los vestidos. Al fin cuenta los frutos de estos trabajos en los bienes que por ellos recibieron todas las gentes. En el Salmo 88, después de contar David las grandezas del Hijo de Dios

encarnado y la eternidad de su reino, se maravilla de los divinos consejos, y dice: *Mas tú desechaste, arrojaste y apartaste á tu Cristo; destruiste sus muros é hiciste medrosos sus fundamentos; todos los que pasaban le destruían, y quedó entre sus vecinos hecho oprobio. Quitástele el socorro, y no le ayudaste en la batalla; acorriste los días de la vida, y le tenaste de confusión.* De este modo cuenta otras cosas, encareciendo el aprieto y desamparo en que el Padre Eterno puso á su Hijo entre sus enemigos. Mas como los secretos del eterno Consejo no son entendidos de todos, viendo David cuántos y cuán grandes bienes habían de provenir de aquí, deja los encarecimientos de los trabajos del Señor, y acaba con estas palabras: *Bendito sea el Señor eternamente, hágase, hágase;* por donde se ve que el Espíritu Santo hizo tanto caso de estos desamparos del Hijo de Dios, que para no ser jamás olvidados de los hombres, los puso en las Divinas Profecías tan encarecidos para que no puedan alegar ignorancia de la grande obligación que tienen á Dios por ellos; pues no puede dejar de ser muy exosivo el trabajo tan largamente profetizado y tan sensiblemente declarado por el Señor, que se entregó á la muerte como cordero, sin desplegar sus labios, como dice Isaías.

En este desamparo del Señor había larga ocasión para tratar de los desamparos con que son probados los justos, que es materia muy necesaria; porque es en ellos la cosa más ordinaria, en la que mayor trabajo sienten y que los pone en mayores tentaciones. Pero el ejemplo de este Señor es tan claro, que por sí, sin muchas doctrinas ni ponderaciones, enseña todo lo que las almas desamparadas necesitan. Por lo cual sólo advertiré tres cosas para consuelo de los desamparados. La primera, que aunque este Señor se vió tan desamparado, que llegó á desahogarse con su Eterno Padre, con todo eso no le pidió que le consolase ni le quitase el trabajo en que estaba, ni El tomó ningún consuelo, teniéndole en su mano, como Dios que es, ni dejó de acabar la obra comenzada; antes bien, perseveró hasta morir en la tribulación en que estaba. Este es un principal documento para los atribulados, los cuales no deben tenerse por desaprovechados si ven que la naturaleza siente mucho el aprieto en que se halla; antes bien, el sentimiento es ocasión de mayor merecimiento, y el alivio propio en estos trabajos es contarlos ó hacerlos presentes al mismo Señor que los da, y no ir á otro á contar sus penas, sino á la misma mano que las envía; y esto no con pedir, ó querer que las quite, sino con sujeción á su voluntad. Y cuando se busquen otros medios para sobrelevar estos trabajos (v. g. recurriendo á los Sacramentos ó consejos de los siervos de Dios experimentados), no ha de ser con el fin de huir de ellos, sino para sobrelevarlos ó ser en ellos fieles; el recurrir á Dios por la oración, ú otros medios con que nos rendimos á El, es el mejor remedio para esforzar el corazón, fundándole en la certeza de que Dios da estos trabajos cuando y como nos conviene; y que el más acepto sacrificio es la sujeción á su divina voluntad, renunciando

todo consuelo y ciñéndose al que su Majestad quisiere dar cuando y como lo tuviere por mejor.

La segunda cosa es, que no se dejen vencer de la tentación que regularmente acompaña á los interiores desamparos y trabajos exteriores, la cual se tenerse por olvidado de Dios y dejados de su mano; porque la fe enseña no haber sido posible que el Padre Eterno desconociese á su Unigénito ni le apartase de sí, aunque por cierto espacio le puso en tanto desamparo; antes bien, por ello le acabó de cumplir la palabra que le dió con voz clara, oída de muchos, en el día que el Señor le pidió que le clarificase, y el Padre respondió: *Ya te he clarificado y de nuevo te clarificaré*; porque por estos trabajos le dió todas sus victorias, glorificación y resurrección de su cuerpo, gran número de almas predestinadas que por El se salvan y le puso debajo de los pies á sus enemigos. Pues si Dios tuvo tanta cuenta con el Hijo desamparado, que si por una parte le atribulaba, por otra le cumplía todos los deseos de su corazón, ¿cómo ha de pensar el siervo de un Señor de tan infinita bondad, que tanto hizo por merecernos bienes, qué querrá de su pobre, miserable y llaca criatura que le imite en el sufrimiento de un trabajo que tanto á él le afligió, para apartar de sí y olvidarse de los que por su mano tiene desamparados? No es así este gran Señor, sino como dice David: *Cerca y pegado está el Señor á los que tienen el corazón afligido, y á los humildes de espíritu los librará.*

La tercera cosa, que satisface las dudas de la flaqueza humana, es que no sólo quiso Cristo padecer este género de trabajo para ser ejemplo y compañero de todos los que le padecen; sino, como dice San Cipriano, para merecernos por El la divina consolación y amparo. Por más desamparado que uno se vea, no puede quedar tan solo como Cristo, porque su Majestad no tuvo compañía; y los atribulados, cuando toda otra les falte, no pueden estar sin la del más desconsolado y afligido de todos, que es el buen Jesús. Mas porque cada uno puede pensar de sí que merece ser desamparado y desmerece el remedio, el Señor suple nuestra falta, y con su desamparo nos merece el favor divino, con el cual somos de todo ricos. Y así el sentimiento de aquella palabra es: «Dios mío, Dios mío, acuérdate de la razón por qué me desamparaste, que es para que ninguno sea de Ti desamparado; por este mi desamparo te ofrezco todos aquellos que por tu alta disposición se ven desamparados; recíbelos, ampáralos, y sean de Ti vistos en mi compañía y acceptos á tus ojos como yo soy.» Así que con tan divina compañía la fe amorosa debe estar tan segura, que nunca el alma se puede tener por más reconocida y accepta á los ojos de Dios, que cuando la parece hallarse desamparada.

EJERCICIO DEL DESAMPARO QUE EL SEÑOR TUVO EN LA CRUZ (1)

Verdadero consolador de los corazones atribulados, esperanza

(1) Compuesto por el autor un día que se vio muy afligido, desconsolado interiormente y por fuera cargado de hierros, preso sin compañía, en

de los espíritus abatidos, amante fidelísimo de las almas afligidas, Jesús, descansó, alivio y frescura de todos los cansados, flacos y desamparados, ¿qué piélagos es este de aflicciones en que os veo metido, que llega á hacer hablar á ese vuestro asombroso silencio, y como que parece enlaguecer esa vuestra invencible paciencia? ¿Sois Vos, por ventura, como yo, que con cualquiera tribulación que me enviáis pienso estar metido en piélagos sin fondo, de que luego desconfío salir como hombre de poca fe? Mas cuando con juicio despejado quiero sondear el mar que me mandáis pasar, luego me hallo con Vos, que me salváis casi á pie enjuto; y siendo Vos la verdadera serenidad de mis tormentas, os veo tan fatigado en las vuestras, que no sé como tengo yo aliento. ¡Oh manso y divino Cordero! Tan callado á todo hasta aquí, tan sufrido y enebridor de los dolores y trabajos de ese afligido corazón, tan sin queja ni resistencia á todo cuando quisieron hacer de Vos y tan sujeto á cuantos tormentos os quisieron dar, ¿ahora al fin desentris el aprieto y aflicción en que Vos os veis, dando tan lastimoso suspiro, voz tan dolorosa y tan grande á vuestro Eterno Padre? Esto es, mi suave Jesús, haber llegado, como dice el Salmo, á lo más profundo de la tribulación, desamparo y desconsuelo, sin tener ya sustancia ni fuerza humanas para más.

¡Oh, quién os pudiera consolar, amor y vida de mi alma! ¡Quién os pudiera mitigar el aprieto en que vos os veis! Cumplisteis, Señor, cumplisteis lo que habíais dicho por el Profeta, que en este lugar de la cruz os exprimiríais y le pisaríais todo sin ayuda de ninguno y sin tener consolación. ¡Oh cuanto os debo, consolador mío, y cuán obligado me tenéis! ¿Cuándo correspondereis en algo al grande amor que me mostráis, pues no llegasteis casualmente á este extremo de aflicción, sino que por elección y voluntad quisisteis padecerle por mí? No por fuerza, sino por amor, os sujetasteis á que todo os desamparase; y si no detuviérais á vuestras criaturas para padecer por mí, los ángeles os defenderían, cayeran las estrellas del cielo, alteráranse los elementos y todo volvería por Vos y os sacra de la tribulación; pero vuestro divino amor, que es el gobierno de vuestras obras, lo quiso así, y El solo os hizo pasar estos trabajos y lle-

una mazmorra tan obscura, que para escribirle no tuvo más luz que la que entraba por las rendijas de una puerta por donde sólo cabía una pluma de gallina; y después le trasladó y comendó en un día que, estando estativo, tuvo noticia de la muerte de un hermano suyo, Fray Cosme de la Presentación, de la misma Orden, que era la criatura á quien con más razones amaba, natural y espiritualmente, que era la criatura que más meones sentimiento que San Bernardo de la de su hermano Gerardo; porque habiéndolo criado desde niño hasta verle hombre, le dió Dios tantas prendas naturales, letras y virtudes, que no sólo rasplandecía entre todos los de su edad, sino que dificultosamente llegaría otro de setenta años donde éste á los treinta y seis, en que murió lleno de alborozos de ir á ver á Dios. Por lo mucho que había alcanzado fué conocido del Papa Gregorio XIII, que le envió á predicar á los herejes de Alemania y ayudar á la reforma de la Orden que se había empezado en aquellos Estados, y caminando de Bolonia falleció, fuera de las consolaciones de su patria, dejando al autor, su hermano, en prisión, sin libertad, viójo y desterra lo del cielo.

gar solo y desamparado al extremo de la aflicción en que estáis, Y teniendo cuenta con mis necesidades más que con vuestros dolores; reservasteis para sólo Vos el pasarlos sin ayuda, para que ninguno se tenga por solo en sus trabajos, pues Vos estáis con todos los atribulados, y el que juzga estar más solo, ese se halla de Vos acompañado. Adoro esa voluntad tan amiga de mi remedio. ¿Qué fuera de mí, Dios mío, si Vos no fuérais tan bueno para mí?

¿Mas quién soy yo para que estiméis tanto mis necesidades, que por ellas causéis á vuestra sacratísima é inocentísima humanidad tanta tribulación? Bien sabéis, buen Jesús, la gran desigualdad que hay de Vos á mí; pero en vuestra bondad y en vuestro amor hallasteis razón para remediarle tan á costa vuestra. Os adoro, Maestro y Pastor divino, pues con tanto trabajo vuestro quisisteis enseñarme, que cuanto yo no merezco puedo esperar de Vos, y que para todo tenéis amor, para todo infinita bondad. ¿Qué excusa me queda, Dios mío, para no amaros con toda el alma, serviros con todas mis fuerzas y renunciar todo consuelo por Vos? Ann esto me sufre vuestro amor. En todo sois infinito, buen Jesús; en todo grande, en todo liberal; en amarme mucho, en perdonarme mucho, en sufrirme y esperarme mucho, y sobre todos mis desagradecimientos, en padecer mucho por mí, solo y sin ayuda de ninguno, para que á sólo Vos deba todo mi bien. ¡Oh cuán desventurado y pobre fuera si pusieseis mi bien y mi remedio fuera de Vos, pues no sería posible hallar una tan liberal, amorosa y sufrida voluntad, que hiciese por mí lo mucho que Vos hacéis!

Vos mismo aceptasteis la obediencia de vuestro Eterno Padre para llegar á ese estado en que os desamparase; contuvisteis á vuestra divinidad para que dejase llegar esa humanidad al extremo del interior y exterior desconuelo en que se halla; represasteis la gloria de vuestra alma, para que el cuerpo padeciese sin alivio; no quisisteis que el ángel bajase á consolarlos como lo hizo en el Huerto; llevasteis al pie de la cruz á vuestra sacratísima Madre, llena de inmensos dolores, para que acrecentase los vuestros; dejasteis huir á los apóstoles, para que ni os defendiesen ni acompañasen; quisisteis carecer de todo consuelo y agradecimiento de los que tenéis más obligados con innumerables beneficios; encubristeis vuestro poder para que, como flaco, pudiese la malicia de vuestros enemigos contra Vos cuanto quisiese; llegóse con Vos al extremo de la inhumanidad, del escarnio, deshonra, afrenta y tormentos que os dieron con burlas, festejos, triunfo, gritería y nueva invención de crueldades. Quedasteis solo, sin compañía de amigos que os consolasen, sin luz del sol, que se oscureció, sin memoria de lo que os debían, sin recuerdo de vuestros milagros, y sin vestido, como malo, como ladrón, como falsario, como alborotador del pueblo, como hechicero y engañador. Quisisteis, inocentísimo Cordero, veros en esa cruz, sin consuelo de la tierra ni del cielo, descomulgado, plagado de llagas, lleno de mortales dolores en todo vuestro cuerpo; solo de todos y de todo, en lo interior y exterior, de Dios y de los hombres,

afligido y desamparado; tal, que aunque Vos así lo quisisteis y aceptasteis pasarlo, sin embargo, os veis precisado, con el aprieto de aflicciones y dolores, á suspirar, desahogaros y clamar á vuestro Eterno Padre. ¡Oh Dios de mi corazón! ¡Oh todo bien de mi alma! ¡Oh consolador de los atribulados! ¿Cómo vivo, cómo me queda corazón y entrañas cuando tan solo y desconsolado os veo? No sé hablar. ¡Oh mi buen Jesús! Deseo deshacerme todo en sentimiento de lágrimas y amor, y abrir os este corazón para que veáis si hay en él cosa que os pueda consolar; deseo que, ya que todo os falta en esta hora, no os falte yo con este pobre espíritu, flaco y frío amor. Abrazadle Vos, Dios mío, para que sienta lo que pasáis, para que os ame, para que me abraze y estreche con esa cruz y para ayudaros á sentir esos trabajos. ¡Oh toda mi riqueza, toda mi gloria, todo deseo de mi corazón! A Vos habla mi interior; dilatad esta alma ahora para que sienta, para que entienda, para que ame, para que se derrita en lo que ve en Vos, único merecedor de mi amor.

Deseo, Dios mío, no desprenderme de esta cruz; deseo huir de mí, que tal me veo ante Vos y tan fuertes reprensiones me da ese vuestro desamparo. ¿Es posible que tan grande le padecisteis por mí y que yo me queje, si no ando siempre entre vuestras consolaciones? Demás de esto soy tan miserable, que si no me tenéis siempre al pecho de vuestras suavidades, me tengo por olvidado de Vos, y en lugar de imploraros en mi ayuda, busco consolaciones exteriores, huyo de vuestra cruz, desconfío de vuestra bondad, viéndoos clamar á vuestro Eterno Padre, viéndoos padecer, beber vinagre y perseverar solo hasta cumplir toda obediencia y todos los dolores y agonías mortales por morir en la misma obediencia. Yo, Señor, prometo largo cuando me consoláis; ofrézcome á padecer; entrégome á toda vuestra voluntad; os pido cruces para asemejarme á Vos; mas si encubris tal vez vuestra dulzura y suave visitación, si no me dais lo que instantemente os suplico, os tengo por olvidado de mí, por apartado de mi compañía, y yo me juzgo por desechado y apartado de vuestra gracia, pensando que se acabó para mí vuestra misericordia. ¿Cómo no veo entonces, Dios mío, que vuestro desamparo no os quita ser Hijo de Dios, ni disminuye en nada vuestra grandeza, ni el tesoro infinito de vuestros merecimientos, ni tampoco mi redención? ¡Oh cuán miserable soy, cuán flaco, cuán terreno, cuán inconstante, cuán ingrato á vuestras mercedes, cuán interesado y usurero en el amor que os tengo, y cuán infiel á lo que os debo! Purificad, Señor, este flaco y frío amor de mi corazón.

Todo lo hago como quien soy; en todo parezco bajo y terreno, y Vos, Dios mío, en todo grande, en todo puro, en todo os parecéis á Vos, liberal, hermoso, leal amigo de esta alma desagradecida. No se necesita para derribarme ó enlataquecer ninguna fuerza, porque cuando pienso que estoy más firme y seguro, si encubris un poco vuestros rayos, cualquier pensamiento, cualquier tristeza, cualquier tentación y contradicción me derriba y me hace desconfiar de vuestra amorosa presencia y misericordia. Verdaderamente, Criador

mío, nada soy, nada puedo y para nada valgo. Tal nací, tal fui hasta ahora y tal me veo ante Vos. Vuestra virtud, Dios mío, puede mudar en fuerza mi flaqueza.

¡Oh misericordia infinita, con qué vergüenza debía yo estar delante de Vos, acordándome de otra mayor desventura, de las muchas veces y muchos días en que ni os amé, ni os deseé, ni quise padecer por Vos! No sentía qué cosa era el desamparo interior, por hallarme ocupado y embebecido en vanidades del mundo y gustos del pecado, que me tenían más desamparado de vuestra gracia y más apartado de Vos sin sentirlo. ¡Oh cuán lejos de vos huí, mi buen Jesús! ¡Cuánto me aparté de Vos, divina hermosura, tan antigua y tan nueva! Esto, Señor mío, esta miserable desventura mía os tiene puesto en tan alligido desamparo; pero éste es para que yo no fuese desamparado. Ya que vuestra infinita misericordia quiso cargar tanto sobre Vos en lo que yo merezco, para descargarme á mí, valedme, buen Jesús. Yo debiera ser desamparado de Vos y de todas las criaturas, pues os dejé por ofenderos; contra mí habíán de ponerse todas; más Vos, Señor, tuvisteis más piedad de mí que de Vos, pues por apartarme quisisteis ser desamparado. Perdonad, Señor, á esta vuestra miserable criatura todo lo que fué causa de que llegáseis á tanto desamparo. Curad en mí cuanto os desagrada; aquí me vuelvo á Vos, Padre de misericordias. Recibidme, Dios de toda consolación, perdonadme y amparadme con vuestra piedad, para que no se pierda en mí tanto trabajo y tan excesivo amor.

¡Oh desamparado Jesús, amparo de todos los huérfanos y necesitados! Vuestro amor me enseña que de ese desamparo me vienen á mí las fuerzas para todo trabajo. Si no fuera por lo que con él me merecisteis, ¿qué fuera de mí cuando de Vos me siento desamparado? Mas Vos, mi verdadero y soberano Remediador, así como con vuestras penas perdonasteis las mías, y con vuestra muerte me ganasteis la vida; así con ser de Dios desamparado, merecisteis que nunca el Padre Eterno me desampare, y que cuando me tiene más afligido, entonces me tenga más cercano. Alumbrad, luz divina, mis ojos en el tiempo de la tribulación; y ya que es preciso pisarla, no miréis los recelos de mi flaqueza; os pido por ese desamparo, no que no me alijáis, sino que en la aflicción me amparéis y dirijáis mi corazón á que vaya sólo á Vos, á perseverar y no enflaquecer en la fe, á no dejar vuestro servicio, ni buscar consuelo fuera de Vos, ni querer en Vos más que el que me quisieréis dar. Humílladme desde ahora, esforzadme y consoladme con el padecer; dadme ánimo para tolerar hasta morir. Y pues todo ha de ser obra y fruto de ese desamparo y de vuestra poderosa mano, haced en mí lo que puede vuestra misericordia, pues veis que para todo le falta á mi flaqueza poder si no me fortalece vuestra gracia. Glorificaos en mi debilidad, amor triunfante, pues en las cosas pequeñas ostentáis más vuestra fuerza y fidelidad. Oídme con misericordia, amigo de esta alma miserable y amparo verdadero mío.

¡Oh Madre sacratísima y Virgen perpetua, que visteis estas ex-

tremas aflicciones del Hijo de vuestras entrañas y las sentisteis como fidelísima sierva y leal compañera de sus trabajos! Sed mi abogada en el día del desamparo; cubridme entonces con el manto de vuestra misericordia. Sustentad mi fe, esforzad mi flaqueza, unidme más á la divina mano que me alige, para que ni huya de ella ni reconozca otro consuelo, sino el suyo. ¡Oh corte celestial, que por todo esto has pasado con victoria! Compadeceos de los que están en guerra y favorecedme para perseverar hasta el fin y ganar la corona. Amén.

TRABAJO XLIX

Sed extrema, y hiel y vinagre que bebí.

COMÚNMENTE suele la medicina prevenir á los enfermos con algunas bebidas que templen los humores encrudecidos de que se originan las dolencias, para que las purgas tengan menos que hacer en resolverlos ó apartarlos de las venas ó partes donde ofenden, y si es necesario, recurren á sangrías para desahogar al enfermo de la sangre que, por dañada ó por mucha, le oprime. Cuando la naturaleza no admite más alimento que la leche, por ser muy tierna la criatura, medicinan al ama para que, purificada la leche, sane la criatura enferma. Tal estaba la naturaleza humana por los pecados, y tal queda siempre que se entrega á ellos, que cayendo en enfermedades mortales del alma, queda tan flaca, que no tiene fuerza para la aspereza de las medicinas necesarias. Por esto tomó el Señor en la divina Escritura el nombre de ama, que nos trae en sus brazos; porque con el amor que tiene á los pecadores á quienes cría á los pechos de su bondad y misericordia, tomó juntamente sobre sí nuestra curación, sufrió los cauterios y sangrías abriéndose todo en llagas para que bebiésemos sus mercedes con la virtud de su purísima sangre derramada por nosotros; y á fin de que todo nos fuese suave, bebió El la hiel y vinagre que nosotros merecíamos, para curación de los perversos gustos de esta vida, por donde perdimos los del cielo.

Guardo esto para la última hora, á fin de morir con el sabor de la propia medicina del primer pecado que tantos males nos causó, y por quien El padeció tantos trabajos. Perdió Adán la obediencia de Dios y comenzó á ser pecador y padre de pecadores, con el gusto de un bocado de la fruta que se le prohibió; y estaba profetizado de Cristo que pagaría con beber hiel y vinagre; por lo cual, ya que comenzó la herida del pecado en bocado de gusto contra la obediencia de Dios, quiso el Redentor de los pecadores (que hasta la muerte en la cruz había de obedecer) acabar la vida cumpliendo la profecía con bocado amargo de hiel y vinagre, para que, viendo nosotros el principio de nuestra perdición y el fin del remedio, nos tuviésemos por suficientísimamente redimidos y perfectamente curados. La fruta mortal de que Adán comió, y de donde empezó

nuestra perdición, fué del árbol de la sabiduría, y de la desobediencia que hubo en gustar de su fruto; por eso cayó en sabiduría terrena que le mató: la divina sabiduría de la vida, que del árbol de la cruz había de ser cogida, antes de subir á ella para nuestro remedio, y estando ya para morir bebió vinagre, para que ninguno pensase que en la sabiduría de la cruz, que da verdadera vida á las almas, puede hallar en su principio ni fin sabor de la del mundo, que mata; porque el mundo entra con bocados dulces hasta matar; la cruz entra y acaba con amargura hasta dar vida perfecta y eterna.

No bebió el Señor en su Pasión hiel y vinagre mezclados, sino cada uno de por sí en diferente tiempo. Antes de clavarle en la cruz le previnieron una terrible bebida (como queda dicho) de vino, hiel y mirra, para dársela en lugar de la confortante que se acostumbra á dar á los ajusticiados; porque era tal el odio que le tenían, que ni aun le quisieron dar el pequeño alivio de un sorbo de vino que le esforzase. El Señor, que no ignoraba lo que le daban, tomó, como si no lo supiese, un trago y no más. El que tuviere experiencia de cuán áspera y terrible cosa es para el gusto y estómago la hiel y mirra, sabrá que aunque el Señor no bebiese más que un trago, era suficiente para que sus entrañas quedasen atormentadas. Los verdugos sintieron que no bebiese más, y acaso lo resarcieron con grandes risotadas de haberle engañado. Pero el Señor, que sabiendo lo que tomaba lo bebió voluntariamente, quedó sufriendo la amargura de sus entrañas con el silencio acostumbrado, sin arrugar el rostro, ni demostrar asco, ni displicencia de tan inhumana bebida. Comenzó en esto á cumplir la primera parte de la profecía de David, que sobre este tormento dijo: *Diéronme hiel por sustento*; y guardó para la última hora la segunda: *En mi sed me diéron á beber vinagre*.

Teniendo, pues, cumplidas todas las profecías de su vida y Pasión, y faltando sólo ésta de que bebería hiel en su sed, llegó la hora ordenada para esto y experimentó una gran sed, motivada de los muchos trabajos y tormentos que en aquella noche y día había padecido sin comer y por las agonías de la muerte, que estaba ya muy cerca. Bien sabía su Majestad que si declarase la gran sed que padecía le darían vinagre por agua, y que de cualquiera suerte había de acabar con la sed sin hallar entrañas de compasión que le diesen lo que á cualquiera sobra; pero no quiso dejar de llevar hasta el fin la obediencia de su Eterno Padre ni librarse de aquel áspero tormento que le restaba, y por eso declaró la grande y mortal sed que padecía: *Sitio, tengo sed*. La Virgen Santísima y los amigos que allí estaban quedaron penetrados de dolor por no poderle dar aquel pequeño alivio; pero en especial la Señora, que por la divina Escritura sabía lo que en lugar de agua le habían de dar, y no podía evitar aquel tormento. Pero los verdugos y ministros de su muerte, más crueles que los fieros y brutos animales, sentidos de no tener ya en qué atormentar más al Señor sobre los tormen-

tos que le habían dado, oyendo esta palabra renovaron su inhumanidad maliciosa; y uno de ellos, buscando con ligereza una esponja, la ató á una caña con ramas de hisopo, y mojóndola en vinagre se la puso en la boca. El Señor, que sabía bien lo que le daban, y lo que le había de costar, no rehusó el tormento y gustó el vinagre, que le quebrantó el flaquísimo y debilitado pecho.

Al punto vió que tenía ya cumplido en todo las profecías, sin faltarle más que morir; y en apartando la boca de la esponja, mostró haber ya dado fin á todo lo que deseaba, á todo lo mandado por el Eterno Padre, á cuanto necesitábamos y á la sed que en la vida tuvo de nuestro remedio; y así dijo: *Consummatum est, todo está cumplido*; palabras que me parece dijo el Señor de contento, como el que después de una gran jornada y trabajo, acalorado y ardiendo de sed, al beber un vaso de agua manifiesta el desahogo y respira con gran fuerza y contento; así el Señor, olvidado de los tormentos y satisfecho de ver conouido al fin lo que tanto deseaba, da un gozoso suspiro, desahogándose con decir: *Acabado es*. Podrá alguno preguntar, ¿qué es lo *acabado*, para mostrar tanto gusto, ó qué interés tiene en esto? Porque si no es más que apagar la sed, fué con vinagre, que le había de dejar más atribulado; si el haber acabado de padecer, eso se verificaba con la muerte, sin ir desagraviado de las muchas afrentas que recibí; y uno y otro son motivo de sentimiento, más que de placer. Pero á mí ver pasa esto muy adelante; porque como el Señor había entregado su humanidad á su amor para que hiciese en ella cuantas demostraciones quisiese, viendo que había llegado á cuanto podía y el amor á cuanto deseaba, contento éste de los bienes que al género humano y al cielo granjeó aquella humanidad, y gozosa ella de la lealtad que le guardó, y de ser el instrumento del remedio de toda la naturaleza humana de que procede, dijo: *Acabado es*; como quien veía llegaba la hora de comenzar á recoger los frutos de todos estos trabajos. Por tanto, pienso que San Juan Evangelista, omitiendo la última palabra del Señor en la cruz, acabó en ésta la historia de su vida y trabajos; porque en ella declaró el gusto con que los finalizó y la satisfacción de ver cumplido nuestro remedio, en cuya sed vivió toda la vida, y el verlo ya cumplido le hacía la muerte muy gustosa. No hay, pues, que espantar, sino adorar y agradecer al Señor el que declare su sed, sabiendo que le han de dar vinagre; pues el cumplimiento que con eso daba á sus grandes deseos y á tan grandes obras, le hacía suave y sabroso el vinagre.

Esta palabra *acabado está*, da á entender otra sed que el Señor tuvo, no sólo de acabar lo empezado, sino de que todos se aprovecharan de sus trabajos; porque ninguno se alegra de trabajar en balde, aun en cosas de muy poca importancia, y mucho menos quien trabaja con voluntad y gusto de acabar lo que con tanto trabajo empezó. Así, ya que nuestra redención costó tantos trabajos al Señor y El se muestra contento de haberlos pasado, claro está que moriría con más sed de la salvación de los hombres (fruto de todos

sus trabajos) que del agua que en la última hora le faltó; porque aunque no satisfizo la sed natural, sino con cosa más penosa que la misma sed, sin embargo, se aprovechó de la necesidad de la falta y del tormento para concluir nuestro remedio. Pero como la sed de nuestra salvación no ha de ser satisfecha sino aprovechándose los hombres voluntariamente de los beneficios que muriendo nos hizo, murió ardiendo en sed y dejó la satisfacción de ella á cada uno de nosotros para que la apeguemos, cooperando á conseguir la salvación. Y en conformidad á esto debe cada uno de nosotros considerar, que cada vez que peca y obliga á la Divina Justicia á que condene al que desea salvar, da á Cristo nuestro bien mucha más amargura y más áspera hiel y vinagre que la que bebió en su Pasión. De éstos se quejaba El por Isaías, diciendo que plantó una viña de escogidos vástagos (cual es cada una de nuestras almas), que la cercó y surtió de todo lo necesario; y esperando que cada cepa diese buenas uvas, muchas de ellas se convirtieron en racimos silvestres, cuyo vino no se podía beber. Así debemos creer, que mayor trabajo dió al Señor la sed de la salvación de los hombres (por los pecados con que muchos se habían de perder), que la sed natural, por la falta de agua, y por la hiel que bebió. Y pues la natural y cristiana compasión, cuando vemos este trabajo del Señor, hace desear estar allí para servirle con algún vaso de agua, y nos espantamos de las fieras y crueles entrañas que tuvieron valor para dar á beber vinagre á quien estaba falleciendo entre penas tan grandes, apliquemos esto á nosotros, y no seamos tan crueles que, muriendo su Majestad con sed de nuestra salvación, le dejemos estar con ella sin darle un gusto tan deseado, como es el aprovecharnos de sus mercedes y darle el amor del alma, á El sólo debido, y tratar seriamente de huir de los pecados que le causan la muerte, é imitarle en cuanto nos enseñó.

Bien mirada la coyuntura en que el Señor manifestó la sed, sabiendo que había de beber vinagre, nos ofrece un espejo para que uno conozca la verdad y pureza de corazón con que busca Dios; pues acabando de mostrarse alligadísimo, desamparado, y que con razón parece podía esperar del Padre algún alivio, no sólo muestra que por entonces no le desea, sino que da nueva ocasión para mayor tormento. Aquí podemos aprender cuán diferentes caminos han de llevar en nosotros la naturaleza y la gracia en las cruces y trabajos que Dios nos da; la naturaleza, como flaca, ha de sentir y se ha de quejar; mas la voluntad racional, ayudada de la gracia de Dios, se ha de alargar á padecer más si quiere el Señor; y aunque veamos delante cosas que á la flaqueza natural parecen imposibles, nos debemos arrojar á esas con más ánimo; porque por la mayor parte las imposibilidades son miedos de flaqueza, mas que verdades; y probados los trabajos con esperanza en Dios, se ve por experiencia que con la continuación de ellos y gracia del Señor se fortalece nuestra flaqueza. Á este modo las dos vacas paridas, á quienes el Libro de los Reyes dice quitaron los becerillos para que

ellas llevasen la arca del Señor, aunque miraban para atrás y daban bramidos por el amor de los hijos y dolor de apartarse de ellos, con todo eso caminaban adelante, guiándolas Dios hasta el sitio en que fueron sacrificadas. Así, pues, ya que el sentimiento natural no disminuye la santidad de la virtud, ni el merecimiento de ella, muestra gran deseo de contentar á Dios el que sentido y afligido del trabajo prosigue con él hasta hacer de sí vivo sacrificio al Señor, á quien será aceptísimo; pero el que con desamparo se espanta, y con el trabajo vuelve atrás, bien claro muestra en cuán bajo grado queda, ó por mejor decir, que á ningún grado de virtud ha llegado. Decía Dios por Moisés que había traído á los hijos de Israel por el desierto cuarenta años, tentándolos para descubrir la virtud de sus corazones, que en esto más que en lo demás se conocieron; porque siendo la gente que más mercedes había recibido de Dios, cuando les leían la ley del Señor, y El los favorecía, eran muy largos en prometer; pero en el más mínimo disgusto que tuviesen, eran durísimos y contumaces en desagradarle. El tener en el desamparo sed de padecer más, y buscar en el desconsuelo más hiel y más vinagre, es prueba de verdaderos amantes é imitadores de este Señor.

No se nos olvide el modo con que en la última hora se despidieron Dios y el mundo, y cómo se pagaron del trato que en la vida tuvieron. Cristo, mientras vivió, siempre se opuso al mundo y á sus gustos, reprobó sus demasías y aprobó tanto el dejarlas por granjear el cielo, que hasta en dar un vaso de agua de limosna le santificó para su merecimiento; y quiso tan poco ó nada del mundo, que hasta los vestidos de que usó, se los dejó al pie de la cruz. Llegando la última hora, en que hubo de menester un poco de agua, le sirvió el mundo con vinagre; porque le quiso despedir en la muerte con tanta enemistad, cuanta el Señor había mostrado en su vida contra el mundo. El Señor aceptó la hiel con el mismo gusto con que siempre desechó sus vanidades, para dejar declarada perpetua enemistad entre el mundo y los suyos. Según lo cual, el que con el mundo hiciere paces, no sé cómo podrá tenerlas con Cristo. Dejónos también ejemplo en este último tormento á que con su sed dió ocasión, de que así como toda la vida vivió con deseo de nuestra salvación, así también en los que se quisieren salvar ha de ser el móvil de la vida esta sed. Naturalmente, el fin que se pretende en las cosas, es su móvil. De diverso modo se labra un tronco para hacer una estatua que para hacer un hanco; y más caudal se pone para tratar donde se espera mucha ganancia, que para aquello donde se recela la pérdida. Así sucede en todos los negocios de la vida. Sólo el de la salvación se mira con tal despropósito, que diciendo todos la desean, son muchos los que ponen su caudal y ordenan todas ó las más ocupaciones, trabajos y cuidados de la vida, para perderla. La razón de esto es, que la desean tan fríamente, que no la tienen por norte ó móvil de la vida. Mal podrán, pues, los que desean salvarse pensar que lo serán, si los deseos no fueran tales que por ellos se

gobierne la vida; pues el Salvador siempre dirigió la suya por los deseos y sed que tenía de salvarnos.

EJERCICIO DE LA SED QUE EL SEÑOR PASÓ
Y LA HIEL Y VINAGRE QUE BEBIÓ

Salvador mío y único remediador de mis necesidades, ¿qué empeño es este de que no os quede nada por hacer, ni trabajo que no paséis por mí? ¿Acabando de declarar vuestro extremo desamparo, el consuelo que buscáis es cumplir lo que estaba profetizado de que en vuestra sed mortal habíais de beber vinagre? Vuestro amor, buen Jesús, os lo recuerda; él os causa esa sed, él os hace decir que la tenéis, y dar con eso ocasión á que os atormenten con tan inhumana y cruel invención de bebida. Arde en Vos siempre el fuego del amor y, por no estar ocioso, busca en que encenderse y ejercitar sus obras. ¡Oh todo mi bien y gloria mal! Bien sabíais por quién hacíais esto y lo mal que os lo merezco, pues tan ocioso vivo en vuestro amor y servicio, tan descuidado de agradaros en todo, tan olvidado de hacer en todo vuestra voluntad, tan pesado para lo que me enseñasteis y torpe en su cumplimiento, que ni con tantos recuerdos y estímulos con que perpetuamente me excitáis, ni con cuanto amor me mostráis, no corro á practicarlo y me aparto con cualquiera ocasión, siendo así que para mis gustos y apetitos ando muy diligente y nunca me olvido de hacer el gusto del mundo y de mi cuerpo. Yo todo perdido por mí; Vos todo empleado en mí; Vos todo ocupado en llevarme á Vos, y yo quiero más perderme como miserable que ganarme dejándome llevar de vuestro amor. ¡Oh pesadas miserias! ¡Oh duras prisiones de este hombre terreno! ¿Cuándo, Señor, llegaréis á romper las cadenas de mi amor y me cautivaréis del vuestro, llevándome todo á Vos? Llegue, llegue ya, Dios mío, esta dichosa hora.

¡Oh hartura de todos los hambrientos! ¡Oh perfecta satisfacción de todas las sedes de mi alma, ¿no hay otra cosa con que os quiten la sed, sino vinagre con que os atormenten las entrañas de ese tan enflaquecido, tan debilitado y tan fatigado cuerpo sacratísimo en esa última hora? ¿No os reconocen ya los ángeles que os sirvieron en el desierto y socorrieron cuando tuvisteis hambre? ¿Ahora en el último lance no acuden á vuestra mortal sed y os dejan atormentar con vinagre? ¿Así quisisteis ser pobre en la vida y acabar falto de todo lo que sois, verdadero Señor? ¿Así, Cordero Jesús, os trata el mundo, cuando quisisteis de él una cosa pequeña, que ni á los brutos se niega, hallándose tan lleno de mercedes vuestras? Bendito, alabado y glorificado seáis de todas las criaturas y de todas las obras de vuestro amor. Ahora se venga de Vos el mundo; siempre os fueron displicentes sus cosas, siempre os amargaron y aborrecisteis las que él más estima; condenasteis sus demasías, aprobasteis lo que él condena y declarasteis guerra entre él y entre los vuestros. Os trató cuando le necesitabais, como le tratasteis. Cuando os quieren clavar en la cruz, os da vino con hiel y mirra; cuando vais

á expirar, os da vinagre, y ya que le aborrecisteis en la vida, os quiere ser amargo en la muerte. ¡Tan enemigo y tan cruel para Vos se muestra siempre mi soberana dulzura y suavidad!

¡Oh divina y eterna sabiduría, que ni naciendo, ni viviendo, ni muriendo quisisteis comercio, ni alianza con el mundo, ni él la quiere con Vos, pues así os despiden en la última hora! ¡Oh desventurada y malvada ceguadad mía, que á este mundo he servido yo! En él empleé mi tiempo, mis deseos y vida; por él perdí el sabor y gusto verdadero de las cosas; por él se me figuraban hiel y vinagre vuestras interiores suavidades, cuando no las buscaba; por él dejaba vuestra conversación y me amargaban vuestras verdades, pareciéndome dulces sus engaños y vanidades. ¡Oh infinita misericordia, cuánto tenéis en todo que perdonarme! Bendito seáis, que detenéis la tierra para que no se abra y me trague; detenéis al infierno y al demonio para que no me arrebatan y quiten de vuestra presencia, pues así troqué lo suave por lo amargo, la vida por la muerte, la gracia por la culpa, vuestro amor por el del mundo, vuestras verdades por engaños, y á Vos, salud de mi alma, por un mundo tan pestífero y tan enemigo vuestro que así os trata. Bien os entiendo, mi Divino Maestro; sin hablarme, condenáis cuanto fuera de Vos amé hasta aquí, y tan á costa vuestra me mostráis que es verdadera hiel y vinagre la que yo tengo por dulzura en todo aquello por donde os pierdo. Si Vos, bien mío, sois toda bondad, toda suavidad, toda misericordia, toda blandura y dulzura, ¿cómo puede tener verdadero y buen sabor lo que es fuera de Vos? Tened, misericordioso Jesús, piedad del enfermo y dañado gusto de mi alma; sanadme de modo que en adelante sea el mundo para mí lo que es para Vos. Por esa vuestra sed moral, por esa hiel y mirra y por ese vinagre que por mí bebisteis, os pido, Dios y salud mía, que desde ahora para siempre quitéis de este miserable corazón el amor y gusto del mundo y de sus cosas; sea él para mí crucificado y yo para él; nunca haya paz entre nosotros; trátele yo como quien es verdadera ponzoña de mi alma, y él me trate como enemigo suyo. Y pues Vos, Señor, quisisteis ese último bocado para que vuestras entrañas, donde no podían llegar las azotes y clavos, no quedasen sin tormento por mí, mudad también en mí todas mis entrañas, para que sólo de Vos guste, á Vos solo ame y todo lo que es fuera de Vos me amargue, pues sois la soberana dulzura, perfecta suavidad y puro amor de esta alma.

Qué mucho, buen Jesús, que yo sólo guste de Vos, y sólo vuestro amor y servicio me satisfaga, pues Vos entre tantos tormentos y acabando de tomar tan áspera bebida como es el vinagre, en lugar de mostrar asco ó sentimiento del trabajo que os causa, mostráis al quitarle de la boca contento y satisfacción; y como quien acaba de beber un vaso de agua fría después de grande ardor respira satisfecho, así Vos, como olvidado de los tormentos y refrigerado con las mercedes que me hacéis, respiráis y decís: *Consummatum est. Ahora si que está ya todo cumplido y yo satisfecho; pues*

me puedo ir á mi Padre dejándolo todo acabado y cumplida la sed que tenía de padecer. ¿Por qué, Dios mío, no tengo yo este gusto de Vos y de vuestras cosas? ¿Cómo no es para mí la mejor hora de la vida padecer algo por Vos? Todo y en todo sois amoroso; todo y en todo mostráis esas entrañas verdaderas de Padre y amigo desoso de mí bien. Adóroos, dueño mío; alabo ese amor; alabo ese cuidado; y os doy infinitas gracias por el gusto que tenéis de hacerme bien. Ese gusto os pongo por empeño para que él alcance quitar de este corazón toda frialdad y tibieza en vuestro servicio, y me haga fervoroso imitador vuestro y preso de vuestra suavísima bondad siempre y para siempre. ¡Oh siempre! ¡Oh para siempre!

DE LA OTRA SED DE JESÚS SOBRE LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS

☞ Otra sed tenéis, Salvador y Redentor mío, que no está aún satisfecha: con ella nacisteis y vivisteis; con ella moristeis y resucitasteis; con ella subisteis al cielo y estáis hasta ahora; con ella estaréis hasta el fin del mundo; esta es, la que tenéis de la salvación de las almas, de conversar y reinar en ellas y de comunicarles vuestros bienes; ni estaréis satisfecho sino cuando las tuviereis con Vos aseguradas y glorificadas para siempre. ¡Oh amor divino, cómo eres comunicativo! ¿Qué os importa, divina bondad, mi salvación ó perdición? ¿Qué necesidad tenéis de mí, ó qué bien os puedo yo dar para que vuestras delicias sean estar con los hijos de los hombres, poseer sus almas, darles vuestra agua viva y transformarlos en Vos? Os quejáis cuando no os amo; mostráis sed del amor de esta pobre alma; estáis contento si emplea en Vos su amor. Todo os derrotís con las almas, y parece que con ellas os olvidáis de vuestra Majestad. Queréis por una parte ser amado y estimado como infinito bien, y por otra ser tratado del amor como igual, como compañero, como único y familiarísimo amigo. Dais quejás á los corazones amorosos y sentís las suyas; les descubris vuestros secretos y entendéis los suyos; les dais vuestros suavísimos brazos y recibís sus pobres ofertas. Si se muestran esquivos, los galanteáis; si huyen de Vos, vais por ellos; si os desconocen, los alumbráis; si lloran, les dais consuelo; si os reciben, estáis contento; si os quieren poseer, os entregáis y les dais cuanto tenéis. ¡Oh amor divino, que ninguna otra recompensa queréis de vuestras cosas sino amar! Quien no te ama no te entiende; quien te ama no tiene que preguntar, porque el amor ve las razones de todo. Sois, Dios mío, fuego abrasador; arder queréis y materia en que prender, y ya que no podéis hacer dioses en la substancia, los queréis hacer en las mercedes, en las riquezas, en la bienaventuranza y en lo mucho que de Vos les podéis comunicar; tal que ni los ojos lo pueden ver con luz humana, ni la lengua decir, ni el oído alcanzar, ni el corazón entender; sólo amando puede experimentar lo que tenéis para los que os aman con puro amor. La sed de este amor sólo con amor se sacia; y hasta tenernos todos con Vos no será satisfecha, porque no hay cosa que pueda llenar

nuestra capacidad, sino lo mismo de que Vos sois bienaventurado y eterno.

¡Oh divino amor, cuántas veces os di hiel y vinagre en lugar del amor que os debía, sabiendo que Vos ni la queréis beber ni aun ver! ¿Por qué no os amo, amor divino? ¿Por qué no os amo de todo corazón, mi buen Jesús? ¿Qué hallo fuera de Vos, que á Vos se pueda parecer, para darle el amor de mí alma, y quitarle de Vos, que me lo pedís con tanta sed? ¡Hicisteis esta alma capaz de Vos, y ando tras de las cosas que son fuera de Vos. Pero como imprimisteis en ella hambre y sed del bien divino, cuando fuera de Vos la ocupó, quedo con más sed, porque nada sino Vos la puede hartar; y experimentándolo así continuamente, no lo llevo á entender. Así quedáis Vos ardiendo de sed de mí, y desechando la hiel y vinagre que os doy; mas yo quedo con mucha mayor sed, porque ni la sacio en Vos, ni sin Vos se puede saciar. Olvidaos, Dios mío, olvidaos, mi Jesús, en esta hora de mis males pasados; ahora me vuelvo á Vos, os deseo y escojo por vida de mi alma; aquí os la entrego, pues tenéis amor para recogerme perdido, para abrasarme enfriado, para purificarme corrompido y para unirme á Vos, aunque hasta ahora anduve tan separado. Desde ahora para siempre renuncio todo otro amor; haced Vos que todo lo demás me fastidie y que aborrezca cuanto no es vuestro servicio, porque á sólo Vos desea ahora mi alma; apetece deseáros más y desea amaros para siempre.

Como el ciervo acalorado y sediento desea las fuentes de agua fría, así mi alma acosada del mundo y cansada de sí, os desea, Dios mío. Sea toda la sed de Vos, fuente de vida. ¡Cuándo llegaré y apareceré puro ante Vos, y veré las bienaventuranzas, las gracias, las hermosuras de ese divino rostro! Sirvenme de pan y agua las lágrimas de día y de noche mientras os deseo y no os hallo, y mientras el interior me dice y me pregunta por Dios, mi salud, mi gloria, mi tesoro, mi bienaventuranza. En esta tierra desierta, sin camino, seca y falta de agua, os busca mi corazón, deseando ver esa gloria; porque vuestro amor me enseña, que una sola hora de Vos es mejor que muchas y muy largas vidas de todas las demás cosas.

No me traigáis suspensio, amor divino; no vengáis mis pasadas ingratitudes escondiéndome de mí; no castigéis la mucha hiel y vinagre que os he dado, escondiéndome la hermosura de vuestro divino rostro, quien sólo puede curarme é inflamarme mientras no os poseo ni experimento vuestra suave presencia. Vos estáis sediento de mí, y yo no sé tener sed de Vos. Si no merezco, amor divino, que me hartéis, saciaos Vos en abrasarme y arrebatarne todo á Vos. ¡Oh vida y esperanza segura de mi alma, no tardéis! ¡Cuándo os tendré y cuándo purificaréis este espíritu! Entonces será todo vuestro, y Vos todo mío; entonces me fastidiará cuanto hay fuera de Vos; entonces me dejará todo sin pérdida mía, porque sólo Vos me tendréis por vuestro; entonces se dilatará mi alma; todo lo tendré, todo lo podré, todo me llevará y unirá con Vos. Bien sabéis que no puedo yo daros todo mi amor, y con él mataros la sed que

de mí tenéis, sino con vuestra agua viva de que Vos gustáis. Esta la prometisteis á quien os la pidiese con buen deseo y fe. La fe y el deseo Vos me la habéis de dar, para que á vuestro amor lo deba todo. Deséaos, Dios mío, y creo que todo me lo podéis dar; mi corazón os lo pide y clama á Vos, fuente de la vida. Haced en mí corazón una fuente de agua viva que corra y llegue á Vos, vida eterna. Corra mi deseo siempre á Vos; mi amor os busque siempre; todo lo demás me aborrezca, para que mi espíritu tenga vuestro sabor y podáis gustar de él y satisfacer la sed que de él tenéis y de mi salvación.

¡Oh vida verdadera, cuándo viviré sólo para Vos! ¡Oh esperanza soberana, cuándo llegaré á apreciar á sólo Vos! ¡Oh tesoro infinito, cuándo lo despreciaré todo por Vos! ¡Oh divina riqueza, cuándo estaré rico de sólo Vos! ¡Oh hermosura celestial, cuándo lo desecharé todo por Vos, y quedaré preso de sólo Vos! ¡Oh rico, fuerte, y poderoso amor, qué tan amigo sois de los pecadores, que no exceptuasteis las almas pecadoras, sino que de ellas desesís ser amado, de ellas tenéis sed y á ellas queréis abrasar y dar la vida eterna! ¿Pues qué hacéis, amor? ¿A Ti me entrego; dispónme, límpíame, múdame á tu arbitrio; arde en mí, vive en mí, múdame en Ti; haz de este hierro frío, fuego ardiente; de este negro carbón, ascua viva; todo, todo, todo múdalo, transformalo y abrázalo en Ti, divino, suave y dulce Jesús.

¡Oh Madre de Dios purísima, abogada de nuestros ruegos, medianera de nuestras peticiones y deseos! Por aquella aflicción que tuvisteis cuando visteis dar vinagre por agua á vuestro amor é Hijo, ayudadme á alcanzar de este Señor su amor, pues sin él no puedo serle acepto ni justificado de mis males. Para esto os tenemos por Señora y amparo de todos los pecadores, para que por Vos consigamos lo que no merecemos; lo que pido es justo; quítese por Vos el impedimento, ¡oh elementísima, piadosa, dulce Virgen y Madre sacratísima! ¡Oh corte celestial, amegada en aguas vivas, abrasada en vivo amor, en quien arde la sed de las almas desterradas! Ayudad á ésta que desea vuestra compañía! Amad mucho á este Señor por mí; alabadle mucho por mí y comunicadme de ese fuego que siempre me abraze. Amén.

TRABAJO L

Agonias de la muerte.

Vivió Cristo nuestro Señor en esta peregrinación y destierro treinta y tres años y tres meses, contando desde su nacimiento hasta la muerte; y desde el día en que fué concebido vivió treinta y cuatro años; todos los cuales, desde la primera hora hasta la última, pasó en continuos y grandes trabajos, como se ha referido. Los primeros años de su niñez los gastó en Egipto, perseguido de Heródes y fuera de su patria. Estos, con los demás hasta los treinta, los pasó en continua oración por la redención del género humano,

y en admirables ejercicios y ejemplos de virtud, callado y oculto para el mundo. Los tres últimos los empleó en enseñar el reino de los cielos, predicar la ley evangélica, hacer muchos milagros y llenar la tierra de mercedes soberanas. Todas estas partes de su vida estuvieron sembradas de muchos y muy grandes trabajos que, como ríos caudalosos de infinitos merecimientos, vinieron á estancarse en el piélago sin fondo de su sacratísima Pasión. Su vida fué muy corta en los años, pues murió en la flor de su edad; pero dilatadísima en las obras, como quien no dejó de cumplir ninguna de aquellas á que vino á la tierra; en los merecimientos fué riquísima, pues por ellos alcanzó del Padre Eterno cuanto quiso. En todo este tiempo no perdonó á su cuerpo y humanidad en cosa que pudiese padecer por nosotros, ni dejó de hacer cuanto pado por parecerse á los atribulados pecadores en cuanto sin pecado pudo padecer. Para esto encubrió la gloria de su alma; humilló la Majestad de su divina persona; dió licencia á todos los trabajos para que cargasen sobre él; entregóse en manos de sus enemigos y empleó en nuestro remedio todo cuanto había tomado de nuestra naturaleza: miembros, sangre, fuerzas, edad, honra y todas sus obras, sus cuidados y amor.

Sólo le quedaba la vida; y sólo ésta parece que necesitábamos que jamás se acabase, para queuviésemos siempre vivo á un Señor que con tan grandes obras de amor se declaró por nuestro mayor amigo. Y como El en persona echó el pregon general llamanlo á todos para que fuesen á El, y declaró ser la verdadera vida, parecía cosa impropia que muriese y que la muerte se le atreviese, si no fuera porque El mismo la obligase á llegar. Pero más quiso perpetuar su vida resucitando después de muerto, que dejar de dar y emplear en nuestro servicio la cosa que naturalmente es más amada. Ni podía morir de enfermedad, porque la complexión de su cuerpo era compuesta de proporción de humores en que consiste la causa propia de conservar la salud; y era tan regido y templado en su modo de vivir, que no había cosa que pudiese desordenar aquella proporción de humores, en cuyo desorden consiste la enfermedad. Tampoco correspondía al Redentor muerte desgraciada por desastre, así porque viviendo y muriendo había de remediar con divinas obras y ejemplos las necesidades del mundo, como porque los desastres que respecto á las criaturas son casualidades, por parte de Dios vienen dispuestos con eterno consejo, y no convenia que el Autor del mundo se matase á sí mismo. Sólo la muerte de dolores y tormentos le era competente, porque en ellos mostraba el amor que nos tenía, acrecentaba los tesoros de merecimientos, satisficía por nuestras culpas y se sacrificaba al Padre por nuestra vida.

Teniendo, pues, cumplido cuanto necesitábamos, y habiendo padecido todo lo que deseaba, dió licencia á la muerte para que se atreviese á llegar á El. Había ya salido de su cuerpo mucha sangre, que disminuyó las fuerzas naturales; la vehemencia de los dolores

fué tan grande, que le debilitó en un todo y empezó á entrar en agonía de muerte, no apresurada, sino detenida, para que le fuese más penoso; ya se desmayaba, ya volvía á tener más aliento, ya se estremecía con el frío que entraba por las llagas, por estar desnudo, ya llegaba á términos de apretársele el pecho y faltar la respiración, ya volvía á respirar con más aliento; y como no estaba echado ni con descanso, sino clavado en la cruz, con todo el cuerpo en vago, pendiente de clavos y molestadísimo con dolores, fueron en El los de aquella hora mucho mayores que en otro cualquiera hombre. Así le fué faltando poco á poco el aliento, los miembros se iban enflaqueciendo mucho; y cuanto más se amortecía, tiraban de los pies y manos con más fuerza y con mayor pena le afligían. Siempre estuvo en su perfecto juicio, para mayor sentimiento de los dolores que padecía; la cabeza se llegó á inclinar á fuerza de la debilidad; los ojos, que á todos los afligidos consolaban, se fueron quebrantando; la boca, de que tantas y tan divinas palabras salieron, iba quedando fría y denegrida, ya abriéndose, ya cerrándose con los últimos y mortales suspiros.

Más para hacer patente que ni tormentos ni dolores eran poderosos para quitarle la vida, sino cuando El quisiese, y para dejar ejemplo y modo de bien morir á los que había enseñado en toda su vida á bien vivir, al tiempo en que la flaqueza mortal suele naturalmente quitar el habla y los sentidos corporales, que es cuando se va á dar el último suspiro, entonces el Redentor esforzó con su divina virtud la mortal flaqueza en que estaba su humanidad, y levantando la cabeza, teniendo los ojos abiertos y puestos en el cielo, dió una voz de tan esforzado aliento, que apenas podría dar otra tal un robusto pecho, y dijo encomendando el alma á su Eterno Padre: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*. Dicho esto volvió á inclinar la cabeza en señal de perfecta obediencia, y abriendo la boca, con la última respiración dió su espíritu al que con eterno amor le esperaba, y quedó muerto el que á todos da vida eterna.

Este es el compañero de nuestra peregrinación; este el consolador de nuestros trabajos; este el remedador de nuestras necesidades; este el leal amigo que en la hora en que más nos deja más nos acompaña, que como no murió para apartarse de nosotros, muriendo nos dejó el modo que más nos conviene para morir contentos y salir de esta vida seguros de su perpetua compañía, que es sujetándonos á la divina ordenación y oliéndonos á las amorosas manos del que nos crió. No puede haber otra mejor disposición para bien morir que ponernos en la voluntad y disposición divina.

Juntos algunos Santos Padres, y tratando de la disposición para bien morir, cada uno refería lo que era más genial á su espíritu. Uno recurría á la perfecta contrición de los pecados; otro á la virtud de los Sacramentos; otro á los actos de la oración pura; otro á las ayudas de los Santos. Uno dijo que para bien morir se contentaba con una cosa, que era acabar en perfecta conformidad y total entrega en manos de la divina voluntad. Y dijo bien; porque ésta

trae la contrición más perfecta de los pecados, dispone el alma para que los Sacramentos hagan en ella con mayor eficacia sus operaciones soberanas, levanta el corazón á Dios con más pureza, hace los auxilios de los Santos más provechosos; y, sobre todo, humilla el espíritu á Dios con más perfección de fe, esperanza y caridad, abrazándose con El, desconfiando de sí y fiándose todo en la divina voluntad, que es lo que á Dios más agrada. Quita el miedo de las penas con que el amor propio trabaja en aquella hora por inquietar al alma con temor servil; porque todo lo deja á Dios y no quiere de El sino que le trate como su voluntad fuere servida. Renuncia cuanto amaba, que en aquella hora peligrosa se podía atravesar entre Dios y la criatura, porque sólo ama el bien de la divina voluntad; olrécese á aquel abismo de infinitas misericordias sin más cuidado de sí que entregarse á aquel que cree y sabe que con amor murió por salvarle. De suerte que todos los bienes que en la muerte se pueden desear de parte del que muere para acabar bien, se encierran en entregarse de corazón en las manos de su Criador, y verdadero y único remedador con fe y humilde confianza en El.

Todo esto se encierra y nos enseña esta palabra: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*. *Padre* es palabra que enciende el amor; *manos*, y de Dios, la fe enseña que están llenas de todo bien y misericordia, poderosas para salvar y sufrir las necesidades y faltas del que no lo merece. *Encomiendo* es palabra de confianza, de entrega y de humildad. *Espíritu*, por ser mío, muestra que necesita de los bienes que Dios encerró en sí, para que sólo en El los fuese yo á buscar; y todo junto denota que se restituye lo suyo á su verdadero Señor, tan poderoso para restaurar lo perdido como para criarlo de nada. Aprendan de aquí los que confiesan ó acompañan á los moribundos á no espantarlos con miedo de los pecados, sino esforzarlos á descuidarse de ellos, después de contritos y confesados, y que descuiden de las penas merecidas; y que así esto, como el estado que después de la muerte han de tener, lo renuncian de corazón en manos de Dios con fe y confianza en su misericordia, sin pedirle ni esperar de El otra cosa sino el que sea glorificado en su criatura del modo que más fuere servido; porque este es el más seguro estado para bien morir y que asegura la salvación más que todos.

Luego que el Señor expiró volvió á aclarar el sol y serenarse el aire, y sucedieron algunas cosas notables que dieron bien á conocer ser Hijo de Dios el que murió en aquella cruz. En el templo de Jerusalén estaba el Arca de Dios, donde tenían guardada la Ley de Moisés en uná como capilla cubierta siempre con un velo, donde no entraba sino el sumo sacerdote cuando iba á consultar á Dios, y esto se hacía con grandes ceremonias. El velo significaba que cuanto había en la Ley de Moisés estaba encubierto debajo de figuras, porque todo significaba á Cristo nuestro Señor, verdadero Mesías, y á la Ley de gracia que nos vino á enseñar; y para mostrar Dios que ya las figuras se habían acabado, quedando descubiertas

las verdades, y que era tiempo de que el Señor y Mesías crucificado fuese conocido de todo el mundo y adorado, como también que ya había otra mejor Ley de espíritu, al punto que el Señor expiró en la cruz y aclaró el sol se rompió el velo del templo de arriba abajo sin que nadie le pusiera mano, y se descubrió lo que estaba dentro, quedando público y patente lo que hasta entonces nadie veía. De este modo, con la muerte del Señor acabó la ley del temor y de los siervos, y quedó confirmada la del amor de hijos.

Sucedió también que un centurión ó capitán de cien soldados, que guardaba al Señor crucificado, viendo la gran voz que el Señor dió contra lo natural encomendándose al Padre, y conociendo ser aquello virtud más que humana, pronunció aquella católica confesión de San Pedro acerca de la dignidad de Cristo: *Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios*; y así, muriendo se hizo conocer Dios y ser confesado como tal por aquel que hasta entonces le guardaba como traidor, capitán de ladrones, fingido Dios y rey. Otra cosa semejante á ésta hicieron muchos de los que estaban allí guardándole y blasfemando; pues viendo el temblor de tierra, el oscurecerse el sol, la gran voz con que expiró, el serenarse el aire y volver á resplandecer el sol, se arrepintieron y conocieron el mal que habían hecho, volviéndose á sus casas con golpes de pecho y con dolor. Ya entonces volvían á acordarse de los milagros del Señor; ya parecían bien sus doctrinas; ya era conocida la sinrazón de su muerte; ya se echaba de menos su dulce conversación; ya parecía la ciudad desierta sin su presencia; ya se conocía la inocencia del Cordero y comenzaba la virtud de aquella fresca y caliente sangre á labrar los duros y empedernidos corazones de los mismos que le crucificaron, y ya parecía más justo y santo el clavado en la cruz que los enemigos que le pusieron en ella. ¡Oh imitadores de Jesús crucificado! volved por su honra y haced entender al mundo y á vuestros perseguidores, con la perseverancia, que cuando por El y con El padecéis en la cruz que El os da, entonces verdaderamente vencéis y triunfáis con El.

EJERCICIO DE LA MUERTE DE CRISTO NUESTRO SEÑOR

¡Oh buen Pastor y perfectísimo amante de vuestras ovejas! Llegó la hora vuestra de que teniais dicho que como único y verdadero amigo moriríais por ellas, porque declarasteis que el extremo del amor estaba en morir por los amigos. ¡Oh amigo verdadero de mi alma, vivo os quiero! Bien conozco vuestra amistad; ¿para qué habéis de pasar, además de tantos dolores, esas mortales agonías, ó cómo se ha de atrever la muerte con Vos, que sois la verdadera vida, destruidor de la muerte? ¿Cómo os habéis de ir y dejarme? Y ya que queréis pasar este trago mortal, bajad de la cruz, veníos á estos brazos, y en ellos moriréis más descansado; os abrazaréis conmigo, me daréis vuestra bendición, llevaréis con Vos mi corazón, ó moriré juntamente con Vos.

En esa cruz, Señor, todo os cuesta mucho. Con la flaqueza de

la muerte se hace más pesado ese cuerpo, crecen los dolores de las llagas, cada vez se aumenta el tormento y dolores. Siquiera para pasar los de la muerte, ¿no descansaréis un poco? ¡Han de durar las penas hasta el último suspiro? ¡Oh amor constante! ¡Oh amor firme, que de ninguno quieres ayuda, y mientras no llegas al fin no piensas tener hecho nada, ni te satisfaces! Aquí, mi buen Jesús, me estaré; al pie de esta cruz me arrojaré; aquí lloraré esta separación, pues la merecí por mis pecados, dando á ella causa por mis gravísimas culpas. ¡Oh alma santísima, no sé qué te pida, si el que salgas despacio ó de prisa! Si salieres de prisa, acabásmela la vida; si despacio, atormentas con mortales dolores á ese inocentísimo Cordero. Pasa á mí los dolores y trátale á El como quieras. ¡Oh Padre mío, que tan á costa vuestra me prohibasteis! decid por despedida á esta pobre alma alguna palabra; dejadme algún recuerdo de Vos; dadme vuestra bendición. Ya que os precisa la separación corporal, quede en mí impreso vuestro amor, que siempre me renueve el suspirar por Vos, mi Jesús, y siempre os tenga en mí vivo y presente.

¡Oh, cómo os quebrantan los ojos, luz mía! ¡Cómo os va faltando el aliento, espíritu de mi corazón! ¡Cómo se van enflaqueciendo esos miembros, fortaleza mía! Ya que no podéis mantener la cabeza y la tenéis tan inclinada á mí, abrid esos ojos piadosos antes que del todo llegue á faltar la vista, y miradme con misericordia; penetrad con su luz este corazón; y cautivad con su salud el amor de esta alma. Si en mí no viviere vuestro amor, ¿cómo quedaré sin Vos? ¡Oh Padre mío amantísimo! ¡Oh esposo de mi alma! ¡Oh compañero de mis trabajos! ¡Oh amigo fidelísimo! ¡Oh todo mi bien! Si quedo sin Vos quedo huérfano, sin Padre, sin amigo, sin Señor, sin ningún bien. Bien podéis morir y no desampararme, pues por mi amparo morís. Esperanza mía, bien mío; pues morís por mi amor, y ese os hace penar ahora en mortales agonías, no me podéis negar lo que os pidiere en esta última hora. Tenéis hecho testamento: el alma dais á vuestro Padre Eterno; el cuerpo á la sepultura; vuestras riquezas las lleváis con Vos, y ¿á mí qué me dejáis? Dejadme, Señor, esa cruz por herencia y certeza de vuestras misericordias. Perdonádmela, Dios mío, en esta hora todos mis pecados. Pues en la vida hicisteis tanto por los pecadores y rogasteis por ellos, ¿cómo en la muerte me habéis de negar el perdón? Aquí confieso y aquí depongo todos mis males. Pequé contra Vos, Padre amantísimo, como hijo perverso; pequé contra Vos, amigo verdadero, como ingrato; pequé contra Vos, Señor misericordioso, como mal siervo. Recibídmela en esta hora en que de mí os apartáis para vivir siempre en mí. Dejadme, amor mío, por herencia con la cruz una fuente de lágrimas, que en este seco destierro riegue mi alma, y la fuente de aguas vivas de vuestro amor, con que me riegue la celestial Jerusalén adonde os vais (1).

(1) Al expirar el Señor se postrará el ejercitante en tierra con el cuerpo, y mucho más con el corazón; y abrazado interiormente con la cruz, le

DESPEDIDA

Idos, buen Jesús, ya que así lo queréis: idos, esperanza mía; acabad vuestro destierro y descansad ya de tan grandes trabajos. Id á dar al buen ladrón (que en vuestra palabra confía y espera) el paraíso que le prometisteis, y tomad en él las primicias de los pecadores y de este miserable que dejáis desterrado y vive en una vida mortal. Id, consolador soberano, á los abismos; quebrantad sus puertas, alumbrad sus tinieblas, apareced á los Santos Padres, que suspiran por Vos, acabad sus largas esperanzas y hacedlos con vuestra vista bienaventurados y gloriosos. Id, Señor, á vuestro Padre Eterno que os llama; vencid con vuestra muerte la misma muerte; haced que de aquí adelante sea dulce, pues ha de ser fin de nuestros suspiros y nos ha de servir de tránsito para ir á veros y estar siempre con Vos, smigo de mi alma. Id, gloria mía; abrid ese camino tan encubierto, y esas puertas tan cerradas del cielo, que os están esperando para que Vos seáis el primero que entréis por ellas. Id, vida de mi corazón, amor de mi alma, y no tardéis en volver como tenéis prometido. Acortad el plazo de estas tres días y noches, sin desairar vuestra verdad; y dejadme vuestra fe, vuestra esperanza y vuestro amor. Mirad, Señor, la pena de que esta alma queda herida, y la esperanza que me dejáis de veros, en mi resucitado, glorioso, inmortal, hermoso, suave, amoroso, único y perpetuo compañero de mi espíritu. Volved, vida verdadera á vivir luego, para que mi alma viva como deca, unida con Vos, poseyéndos y poseída de Vos, abrasada de vuestro amor y transformada en Vos, único verdadero y soberano bien mío.

DE LA PALABRA «IN MANUS TUAS, ETC.»

¡Padre Eterno, Dios de toda consolación y divino espíritu consolador, único Señor y Dios mío! Reconoced estas últimas palabras del divino Cordero, Señor y Redentor mío; para mí las dijo, y para mi remedio me las dejó en su última hora, para que nunca se me olviden y fuese recibido por ellas. Reconoced la voz del Cordero, que quita los pecados del mundo; pues su última palabra conueuerda con la primera que de El se escribe haber dicho cuando niño: que en las cosas de su Padre le convenía estar. Así lo hizo. Siempre lo cumplió así, hasta ponerse en esta Cruz y hasta morir ahora en ella, os obedeció; y como quien siempre trajo por delante á su Padre Eterno, á Vos mismo se ofrece para acabar. Toda su obediencia, Dios mío, es mi riqueza, todas sus palabras son mi tesoro, y en esta última me dejó para todas mis necesidades y miserias único y singular refugio, que son esas divinas y paternas manos, llenas de

dirá lo que el corazón sintiere, ó, sin hablar, aprétese todo con El, y derrítase cuanto pudiere en El, que ve su interior y le entiende; que es paso muy devoto para prenderse el alma con Jesús, del cual ni la pluma ni la lengua sabe pronunciar lo que se puede sentir.

misericordia, de amor infinito y de bondad sin límite. A ellas me enseñó recurrir siempre, acogerme á ellas, vivir de ellas, esperar en ellas, y asegurarme en todos mis peligros. Enseñóme que donde El estuviese estarían los suyos. Así en esas manos se pone, para que yo le busque ahí, en ellas le halte, de ellas le reciba, de ellas viva y en ellas descanse.

Cuando esas manos me dejan, estoy verdaderamente desamparado, pobre y miserable; cuando me guardan y sustentan, entonces vivo seguro, ensalzado, poderoso y lleno de bienes. Pues, Padre mío Eterno, recibidme por la virtud y palabra de este Señor, pues El con su obediencia y muerte os tiene ya merecido cuanto yo no merezco. En vuestras manos, Padre y Dios mío, encomiendo mi espíritu, mi alma, mi cuerpo, mis fuerzas, mis deseos. A ellas y en ellas me ofrezco todo. A ellas entrego lo que fui hasta ahora, para que me perdonéis y remedíeis; mis llagas, para que me las curéis; mis ceguedades, para que me alumbréis; mis tibiezas, para que me inflaméis; mis errados caminos, para que me enderecéis; y todos mis males, para que me los quitéis. Encomiendo, Dios mío, y ofrezco en esas sacratísimas manos lo que soy, y Vos conocéis mejor que yo, flaco, miserable, llagado, inconstante, ciego, sordo, pobre y desnudo de todos los bienes, nada, y menos que nada por mis pecados y miserable más de lo que puedo decir. Vos, Dios mío, me recibis, y hacedme tal cual este divino Cordero quiere que yo sea. Encomiendo y renuncio en esas divinas manos todas mis cosas, cuidados, aficiones, sucesos, consuelos, trabajos y todo lo que Vos sabéis que sobre mí ha de venir. Encaminado lo fo para vuestra honra y gloria; enseñadme á hacer vuestra voluntad en todo, y que en todo reconozca ser obra de vuestras manos; que no quiera otra cosa, y que con solo esto me aquiete y me consuele.

¡Oh manos, que hicisteis el cielo y la tierra para mí, y todo lo conserváis con ellas, y á mí me hicisteis para Vos! no me dejéis andar fuera de Vos. En ellas tengo á mi Cordero y mi amor; en ellas me conviene estar preso con El; con El y en esas amorosas manos dormiré y descansaré en paz, ya que El muriendo en la esperanza de ellas y de sus infinitas misericordias me puso en ellas como único y singular refugio. Ya que, Dios mío, vivo de esas manos, y por ellas soy lo que soy, haced que por ellas viva, en ellas acabe, en ellas persevera con amor de este Señor y de ellas sólo quiera y espere to los los bienes, para que de ellas reciba, con este mi Señor, la corona.

A LA CRUZ

¡Hermosa cruz, más resplandeciente y rica con la sangre de este divino Cordero que con preciosos rubíes! Tú fuiste el fin de sus trabajos; tú el principio de su descanso; tú el triunfo de su pelea; tú el levantamiento de su destierro; tú la entrada de su gloria y posesión del reino. Toda quedas mandando en ríos, que por ti corren, de su preciosa sangre que te baña. Tú eres mi herencia y la posesión

que de este Señor me quedó. En ti murió pobre, desnudo y desprendido de todo, abrazado sólo contigo, y en ti clavado. Toda te dejó para todos los suyos, y toda á cada uno de los que le aman. Adórote, abrázote, recíbote por mi rico tesoro. ¡Oh, más hermosa que todas las estrellas, más fuerte que todos los ejércitos, triunfadora de los enemigos! ¡Oh, cómo quedas en el campo, triunfante, sin poder ser derribada ni vencida! Ya te reconoce el cielo; ya tiembla de ti el infierno; ya te tiene miedo el mundo. Ya conoce el enemigo que el que en ti murió es verdadero Hijo de Dios. Ya honras á los que hasta aquí abatías, pues pudiste hacer del ladrón facineroso un ciudadano del cielo. Tú eres mi corona, mi gloria, mi riqueza, y por tí tengo todos los bienes. A ti me acoyo; contigo me abrazo; en tí quiero vivir y morir. Ya perdiste tu dureza; ya quedas suave yugo; ya prenda cierta de la gloria; ya principio de reinar; ya alivio y descanso de los que á tí se acogen. Adórote, árbol de la vida; adórote, fuente de la sabiduría; adórote, muro incontrastable contra los enemigos; adórote, horno que quedas ardiendo en fuego del divino y amoroso Cordero. Recíbeme en tus brazos; susténtame y santifícame en ellos; por tí me reciba el que en tí me remedió y en tí murió por mí lleno de amor.

¡Oh Madre de Dios sacratísima, Reina de los ángeles, gloriosa estrella del mar, guía de pecadores, que quedáis llena de penas y suspiros de este Señor, y llena de fe y esperanza de verle resucitado á los tres días! Concededme ser crucificado con El, recibido de sus manos, de ellas y por Vos siempre amparado, para que de El y para El viva, en El muera y con El reine. ¡Oh corte celestial, que tenéis allá este divino Cordero inmortal, contentos de poseerle y seguros de no perderle jamás! Ayudad á este desterrado hijo de Eva á vivir por el crucificado y siempre abrasado de amor, para que por El merezca ser con vos coronado para siempre y glorificado. Amén.

FIN DE LOS CINCUENTA TRABAJOS DE JESÚS

Ya que la sangre de Cristo nuestro Señor fué el precio de nuestra redención, derramada á fuerza de muchos trabajos, y que como por resto de cuenta quiso que después de su muerte le abriesen el costado para dar cuanto en el cuerpo le quedaba, parece que esa misma sangre pide y obliga á que particularmente tratemos de este sacratísimo costado, y recojamos con todo amor los frutos de la sangre que por él salió, y los tesoros de del Corazón de Jesús nos descubrió. Y porque el principal intento de esta obra es que los atribulados hallen modo de acompañarse con el Señor atribulado, añadiré dos capítulos: uno del costado que abrieron al Señor; otro de la compañía que su Majestad hace á todos los afligidos, con ejercicios acomodados al fin.

CAPÍTULO PRIMERO

Del costado que abrieron al Señor.

Como el Redentor que padecía los tormentos era no solamente Hombre, sino Dios, que con el Padre y el Espíritu Santo media por consejo eterno la cantidad, calidad y modo de las penas, dándolas virtud para los bienes que por ellas pretendía, de tal manera ordenó los tiempos y circunstancias de cada una, que todo sirve para cumplir enteramente las profecías, para firmeza de nuestra fe y para lo que él deseaba, que era encender en nuestros corazones su amor y salvarnos de los pecados. Fué en todo esto tan liberal, que recibió los tormentos á medida de sus fuerzas, superiores á todas, y franqueó mercedes conforme á su grandeza. En todo pasó el límite de lo que merecíamos y de las leyes á que nos obliga y con que nos gobierna. Por eso, ya que había dado su preciosa sangre en precio de nuestros pecados y por los bienes de gracia y gloria de que carecíamos, no se contentó con cualquiera parte (que era suficiente) y dispuso que ni aun aquella sangre, que por la muerte quedaba sin derramar, perseverase en el cuerpo. Y aunque había puesto límite á la ley del amor diciendo que bastaba llegar á dar la vida por el amigo (por no haber más que dar), el que tenía la vida y la muerte en su mano pasó adelante; pues antes de nacido ya había hecho obras de infinito amor, y no se contentó con continuarlas toda la vida hasta morir por nosotros; sino que después de muerto mandó abrir su costado, para que la puerta de su corazón quedase siempre abierta para refugio de todos sus amantes.

Dió ocasión á esto el morir en viernes de la Pascua, víspera de sábado, que era para los judíos día de grande veneración. Y como ellos honraban sus fiestas con ceremonias exteriores más que con pureza de corazón, no sentían la gran maldad de haber quitado la vida al Señor en tal tiempo, y tenían por gran profanidad que el cuerpo quedase pendiente en la cruz en el día del sábado. Por esto pidieron á Pilatos que mandase quebrantar las piernas del Señor y de los ladrones, para que con aquel tormento acabasen de morir y les quitasen de la cruz antes de anochecer. Sin enterarlo correspondían á la verdad de los consejos y misterios divinos; porque como el sábado era día de descanso, dedicado al culto divino, significaba el reposo que las almas tienen en la divina conversación y comunicación de los bienes espirituales que en ella reciben de Dios, en cuya comunicación huye toda obscuridad; todo tormento, cruz y aspereza desaparece. Por eso fué necesario que el cuerpo en que Dios hizo y acabó las obras de nuestra redención, fuese quitado del madero afrentoso y entregado á los brazos de los que con puro amor habían de tener con este Señor el sábado del descanso.